

# PAN Y ALFABETIZACION

Por



Manuel López Pérez, destacado escritor contemporáneo

El obstáculo más grande que tiene el Estado Mexicano para resolver el problema educacional, es la miseria que padece el pueblo cotidiano, si no es la manera de conseguir el Nada interesa saber a quien carece del pan alimento. Y no vale en sofisma de que del esfuerzo para satisfacer las necesidades de la nutrición, nació un día la civilización que tanto admiramos como florecimiento de un proceso progresivo de ciencia aplicada, porque, en primer lugar, nos referimos a que "nadie desea saber" en cuanto a un conocimiento amanejo, cuando tiene hambre, sino que aludimos al saber teórico; en segundo lugar, sentí una necesidad orgánica, aun teniendo, como los animales una especie de tropismo que los conduce hacia el objeto comestible, de nada sirve si un ser mejor dotado impide satisfacerla por medios más o menos refinados.

Para constatar el esbozo anterior, pueden formularse las siguientes afirmaciones: en el fenómeno educativo, incluyendo la labor instructiva, se destacan los siguientes factores: Los maestros, los educandos, la sociedad considerada como ambiente, el Estado. Con las naturales excepciones, la busca del pan mueve a quienes integran la población de las escuelas normales, y esto es palpable para quien pueda percibir la condición social de las familias que envían a sus hijos a tales establecimientos. Se aspira a ser maestro, porque se trata de una carrera corta relativamente, y esta brevedad es determinante, ya que el fin del profesionista en este caso es hacer figurar su nombre, cuanto antes, en una nómina; la generosidad de la carrera, su aspecto filantrópico muchas veces no es advertido, y es que se trata de encontrar un modus vivendi, y tan

es así, que con frecuencia los nuevos profesionistas se dan de alta en establecimientos que cultivan para profesiones que alguna vez se llamaron liberales. No van a las escuelas normales lumbreras potenciales, sino haciendo excepciones siempre, bienintencionadas medianías, característica que se conjuga con escasos estudios que malpre-

paran al contacto con las materias profesionales. De estas circunstancias nacen esas mentes indigestas que desgraciadamente se adornan con una pedantería insufrible. Es cierto que hay institutos de capacitación y escuelas normales superiores, pero aquí también aparece el profesionismo, pues los maestros adultos en el ejercicio o bien por una ambición de lucir etiquetas de suficiencia, inventan todos estos obstáculos para evitar ser desplazados por nuevas generaciones, y como se ve, ni esto, ni el afán de crear jerarquías a las que será directamente proporcional el arraigo de la plaza y la remuneración respectiva, tienen que ver nada con una desinteresada labor docente. Logrado el título y ya el flamante maestro en su dirección, o al frente de su grupo, sigue siendo una víctima o un agente del profesionismo. Como sigue teniendo hambre y el trabajo es duro, trabaja poco: ni está al día en la evolución de su disciplina, ni prepara sus exposiciones; pero en cambio, busca duplicar el salario o triplicarlo, y como está sindicalizado, hace política que luego cobra acaparando turnos o empleos en general. No rinde, no cumple, pero por milagro de la organización, el maestro se ha acercado al pan.

Por lo que ve a los educandos. Son hijos de pobre. Los hijos de rico asisten generalmente a escuelas particulares incorporadas. Los niños proletarios van, pues, a la escuela oficial. Desnutridos, no pueden satisfacer las exigencias de su trabajo en el aprendizaje. Pero como los maestros no enseñan —según consideramos las excepciones— la cosa no empeora, pues el apetito es lo mismo apremiante e inútil en la calle, en la casa o en la escuela. Los maestros, unas veces de buena fe y otras por demasiada habilidad lares, y algo dan a los niños, siquiera sea como compensación a las gabelas que les imponen para "útiles", cine, días de san-

69

Recortes  
Pag 51

pasado a la h. No 2.



to, uniformes, reparaciones del salón, bibliotecas, equipos de sonido, aparatos proyectores. Claro que todo esto debe desaparecer, pero no sucede así por el hambre que como mal de origen padece el maestro, aunque a veces ya resulta algo complejo condicionado. De la desconfianza del Estado a la eficiencia y a la eficacia de los maestros, resultan los programas como exigencias mínimas de financiera, organizan los desayunos escolares cuyo constatación se encomienda a otra jerarquía burocrática, ya que nada tiene de técnico, que es la de los inspectores cuya descripción no hace falta porque es la misma del profesionista pedagogo ya bosquejada. Programas, horarios, inspectores, etc., son otras tantas cosas que serían inútiles, si no fuera por el hambre magisterial.

La sociedad en cuyo seno trabajan las escuelas, también es una sociedad hambrienta. El padre prefiere el precio del trabajo de su hijo, que mandarlo a la Escuela que, cosa rara, siendo una institución familiar, nada hace por acoplar su trabajo a los esfuerzos productivos de las clases laborantes, y continúa dentro de un verbalismo esquizofrénico que, eso sí, sonoramente condena. Esta sociedad ambiente, ni se organiza, ni protesta, pero resiste la escasa influencia escolar, tanto contrariando hábitos allá impuestos como negando colaboración. Es que el hambre de esta sociedad no quiere que las exigencias escolares, por otra parte anticonstitucionales, le resten lo poco que tiene para consumir. Si esta resistencia no fuera ciega; si fuera activa y no pasiva, podría transformarse en una dinámica aprovechable contra el hambre que la engendra, al mismo tiempo que contra las imperfecciones que el hambre infantil conjugándose con la magisterial, hacen aparecer en la casa de estudios llamada escuela. El Estado, por su

parte, es gravemente responsable de la falta de pan para el pueblo, del raquítico sueldo de los profesores, de la falta de protección a la infancia, de los medios inadecuados para producir pedagogos. Pero sobre todo, es responsable de propiciar una escuela que viene del profesionismo y vuelve hacia él. La Primaria, prepara para la Secundaria; ésta para el Bachillerato, y éste para la Profesional. Chapingo y otras escuelas de espíritu "técnico", también dan burócratas, como la Universidad abogados, y médicos, los Seminarios, curas, etc. Pero una enseñanza viva, acorde con los problemas de la comunidad, como una ilustración tecnificadora del trabajo, no aparece por ninguna parte. Pan y alfabeto deben ser objetivos de un mismo combate. Para librarlo, no se necesita sino ser fieles al honrado Presidente de México cuyo apotegma reluce como el oro: Un solo amor: el de México; un solo ideal: la grandeza y felicidad de México.

